

INTRODUCCIÓN

Tan viejo como la vida de los pueblos, el fenómeno de la emigración ha estado desde siempre presente en la historia de la humanidad. Los europeos que en los días que corren se asombran de la avalancha de inmigrantes que quieren instalarse dentro de sus fronteras, han olvidado que, durante siglos, la tierra en donde viven fue escenario de desplazamientos humanos continuos.

Este texto no tiene como objetivo reconstruir esas migraciones, al contrario pretendemos centrarnos en las que se dirigieron al Nuevo Mundo en la etapa de la llamada emigración masiva.

Con la llegada de los españoles a América un nuevo polo de atracción comenzó a vislumbrarse; en los años que precedieron a la independencia de los territorios americanos fue constante el arribo de pasajeros de Indias y de africanos, pero fue para consolidar a los Estados que se hizo necesario poblar las tierras, desplegándose una inmensa propaganda en el viejo continente para atraer inmigrantes.

Durante el periodo comprendido entre 1880 y 1930 millones de europeos atravesaron el Atlántico y se instalaron en alguna de las repúblicas iberoamericanas, época esta denominada de la emigración en masa. Antes y después de entonces hubo desplazamientos, aunque no llegaron a alcanzar la envergadura del que hemos mencionado.

Una de los que participaron intensamente de este fenómeno fue Brasil. La emigración de europeos hacia este país se inició a principios del siglo XIX dado que en esos años se implementaron una serie de medidas tendientes a atraer extranjeros, en el comienzo suizos, alemanes y portugueses y, tiempo más tarde, italianos, polacos, españoles, japoneses, entre otros, que se distribuyeron a lo largo de su territorio, alcanzando un total, entre 1810 y 1975, de 5.877.734 personas. Aunque las cifras son precarias, porque también lo son las estadísticas que se manejan, en general los especialistas se ponen de acuerdo en que alrededor de 5.000.000 de personas llegaron a Brasil hasta 1950.

En el caso de los españoles, arribaron masivamente en las primeras décadas del siglo XX; antes de entonces, sobre todo a partir de 1880, se los podía encontrar en distintas áreas.

Una situación opuesta, como ya veremos, vivían los emigrantes gallegos. Una de las corrientes demográficas unió las provincias gallegas y alguna de Castilla León con la región amazónica en el último cuarto del siglo XIX. Se trató de una inmigración reclutada que pasaría a formar parte de los núcleos coloniales que se crearon en la zona.

Otra, que podemos definir como espontánea se dirigió al nordeste brasileño, más que nada hacia la capital de Bahía, estando integrada también por gallegos. Una tercera, desembarcó en Río de Janeiro y en Santos. Los que lo hacían en el primer puerto eran predominante los oriundos de Galicia que por lo general se instalaban en la capital del Imperio, más tarde de la República. Mientras que los que descendían en Santos formaban parte mayoritariamente de las levas de inmigrantes que se contrataban en una *fazenda* y que habían sido reclutados en las provincias andaluzas. Según el censo del estado de 1934 el 58% de los españoles residían en el medio rural. Por último, una cuarta corriente se encaminó al sur, también aquí su incorporación fue al mundo urbano.

Si bien es cierto que estas corrientes se mantuvieron hasta la década de los años veinte del siglo pasado, desde 1950 se reinició el flujo; los españoles continuaron marchando hacia esas tierras, aun cuando en su horizonte emigratorio habían aparecido países a los cuales se podía acceder por ferrocarril, tales como Francia, Suiza, Bélgica y más tarde Alemania. E, inclusive en la actualidad, asistimos a una nueva oleada integrada por personal de las grandes empresas españolas que se han ido estableciendo en ese país.

Ahora bien, ni todos los europeos, incluidos los españoles, inmigraron al mismo tiempo; ni, como es obvio, fueron iguales las magnitudes de individuos de distinta nacionalidad que fueron arribando a lo largo de los años; ni su distribución espacial fue homogénea; por último, tampoco se los recibió siempre de la misma manera.

Este fue un proceso complejo, con periodos en los que se logró la llegada de numerosas personas y otros que, ya sea por circunstancias ajenas a Brasil, como por factores internos, este movimiento se detuvo o casi lo hizo. Aunque se trató de una inmigración esperada, los planes para impulsarla y acogerla sufrieron variaciones, en algunos momentos se limitó la entrada de determinados colectivos, o se restringió la llegada de personas que reunían alguna condición entonces rechazada, referida a la edad o a las características físicas, surgiendo las cartas de llamada o los contratos previos y en otros, al contrario, todos eran bienvenidos.

Teniendo en cuenta los vaivenes de la política inmigratoria, debemos señalar el carácter regional que enmarcó este fenómeno. En las provincias¹ me-

¹ Se denominan provincias hasta 1889 cuando, proclamada la República, pasan a ser estados.

ridionales la atracción de inmigrantes se dirigió al comienzo a los grupos de alemanes, más tarde a los italianos y por último a los polacos, con el fin de desarrollar un programa inmigratorio que tendía al establecimiento de pequeñas propiedades en zonas de frontera; en el sudeste, Espírito Santo y São Paulo delinearon un modelo similar pero con una proyección bastante diferente a los anteriores dado que se lo combinó con la llegada de trabajadores para las plantaciones; mientras que en el norte sólo en Pará se realizaron experiencias de este tipo.

En São Paulo, aunque como hemos señalado se crearon núcleos coloniales², prevaleció la contratación de asalariados que reemplazaron a los esclavos en las haciendas cafetaleras.

Los italianos, seguidos por los españoles fueron los que en mayor número acudieron al llamado de los reclutadores. Se les pagaba el pasaje hasta Santos, la estancia en la Hospedería de Inmigrantes, la alimentación y el transporte hasta la *fazenda* que los contrataba.

Teniendo en cuenta este contexto, la política inmigratoria que se fue implementando sufrió variaciones de diversa índole, sin embargo muy claramente se pueden detectar tres modelos diferentes.

El primero se desarrolló tanto el periodo colonial como en el independiente –con el Imperio y con la República–, se trató de los años en donde todo el esfuerzo del gobierno central y de los provinciales y /o estatales estuvo volcado –como hemos hecho referencia– a la implantación de colonias agrícolas.

No eran pocos los que pensaban que: «Sin propiedad no había estabilidad en la inmigración»³. Por ello es que pusieron en práctica la cesión en la primera época y la venta a partir de 1850 de parcelas en núcleos coloniales, a un precio asequible: ejerciendo este procedimiento fuerte atracción entre los agricultores europeos. Sobre todo fue más efectivo cuando el gobierno central, ya fuese el imperial o el federal, subvencionaron el transporte marítimo de los individuos desde el viejo continente. Con lo cual, en general, no se trató de una inmigración espontánea sino dirigida y escogida por las autoridades. Tampoco en las colonias existió una participación significativa de los bra-

² Adoptamos la definición de núcleo colonial establecida en el decreto número 6.455 de 19 de abril de 1907, que en el Título II, Capítulo I, Artículo 5º dice: “Núcleo colonial, para los efectos de este decreto, es el conjunto de parcelas, medidas y demarcadas, de tierras elegidas, fértiles y apropiadas para la agricultura o para la industria agropecuaria, en buenas condiciones de salubridad y con agua potable abundante (...), servidos de comunicaciones que permitan el transporte (...) y preparados para el establecimiento de inmigrantes como propietarios”. *Diário Oficial*. Río de Janeiro, sábado 4 de junio de 1907, p. 3.086.

³ Salvador Nicosia. *Imigração e colonização. Relatório apresentado á Comissão Especial organizadora do Serviço de Imigração e Colonnização para os Estados Unidos do Brasil por nomeação honorífica do Ministerio da Agricultura, Commercio e Obras Públicas*. Río de Janeiro, Typ. Montenegro, 1891.

sileños, en realidad éstos fueron dejados de lado tanto por las propias autoridades como por las empresas particulares.

En este proyecto inmigratorio encontramos también diferencias radicales en cuanto a los objetivos que se perseguían. Como más adelante veremos, si al comienzo la idea de poblar los espacios vacíos y de consolidar las líneas de frontera estaba presente en el discurso de los gobernantes, poco tiempo después se hicieron lecturas diferentes: la necesidad de establecer un desarrollo agrícola sostenido emergió con fuerza, sustituyendo los planteamientos anteriores.

Por otro lado, el consumo habitual de café por parte tanto de los europeos como de los americanos desde las últimas décadas del siglo XIX, determinó un aumento de la demanda que coincidió con el momento en que las plantaciones de cafetos del estado de São Paulo se consolidaban, comenzando desde entonces su proceso de expansión.

Este producto se había empezado a cultivar en Rio de Janeiro, en el valle del Paraíba, desde allí se introdujo en São Paulo, dando inicio, a mediados del siglo XIX, a su exportación a través del puerto de Santos. Este fue el objetivo principal de las grandes plantaciones brasileñas, enviar sus productos al mercado internacional.

Para ello necesitaron una infraestructura viaria que les permitiese acceder a la costa. En 1866 los carriles de la São Paulo Railway que partían del puerto de Santos llegaron a São Paulo y al año siguiente a Jundiaí. Los 140 kilómetros que separaban a ambas poblaciones se convirtieron en una especie de embudo por el cual debía pasar todo el café que se cosechaba en el estado. A partir de entonces se inició el desarrollo ferroviario en una serie de líneas, algunas constituyeron ejes principales hacia el interior, con otras menores que se integraban en ellas, pero unas y otras confluían en «La Inglesa». En esta coyuntura en la cual el aumento de la producción era clave para satisfacer las demandas del mercado internacional, aunque se disponía de tierras en abundancia, la importación de trabajadores desde Europa se hacía imprescindible. Sobre todo desde mediados del siglo XIX cuando se prohibió la trata de esclavos, agudizándose décadas más tarde con la abolición.

En esos momentos adquirió forma el segundo modelo, basado en importar desde Europa trabajadores bajo el sistema de aparcería, experiencia esta que acabó en fracaso.

La organización del Estado en la «República Vieja», a través del federalismo y del sistema representativo, favoreció al sector agro exportador, encarnado por los *fazendeiros* del café quienes pasaron a controlar la política brasileña y a gobernar.

Es decir que cuando afirmamos que los «barones del café» de São Paulo, como se los conocía, volcaron todos sus esfuerzos para reclutar mano de obra para sus plantaciones debemos tener cuenta que este proceso implicó dispo-

ner a su servicio del aparato del Estado. El trabajo en el medio urbano y aún en el rural sin que estuviese vinculado con el café, no era tenido en consideración, por lo que todo el sistema que se desarrolló en esos años tendiente a captar, transportar e instalar extranjeros en el interior de São Paulo dejaba fuera del circuito a los que no se comprometiesen a trabajar en los cafetales.

Aunque en las primeras experiencias se contrató a alemanes y suizos, quizás por las presiones que también muy tempranamente ejercieron los gobiernos de esos inmigrantes contra las levas hacia Brasil, más tarde se tuvo que escoger a europeos del sur: italianos, portugueses y españoles. Años después se incorporaría un nuevo contingente, los japoneses. Como vemos no se requerían colonos, las plantaciones de café necesitaban trabajadores tanto para el cultivo como para la cosecha.

Todo este modelo se va a modificar radicalmente hacia 1930 cuando se establece el sistema de cupos y se sancionan un conjunto de leyes que regulan las actividades de los extranjeros.

Como se puede observar nuestro análisis se centra en un fenómeno que se desarrolló durante casi cien años en un país caracterizado por poseer un vasto territorio, por tanto con diferencias muy notables en lo que respecta al espacio; en el que es necesario establecer una serie de etapas, con objetivos diferentes y protagonistas también distintos según las épocas y las regiones del país en las que se fueron instalando los extranjeros.

Teniendo en cuenta este contexto podemos afirmar que la inmigración en Brasil fue esperada, pero que en ocasiones se impusieron restricciones. A algunos se les impidió la entrada, a otros se les estableció límites numéricos. La compañías encargadas de reclutar o de transportar los inmigrantes que eran rechazados debían hacerse cargo del regreso al puerto de embarque.

Existió la reagrupación familiar y las cartas de llamada o contratos previos. También la edad del individuo fue cuestionada; los mayores, salvo que integrasen el grupo familiar, no eran bienvenidos.

Aunque obviamente no pretendemos realizar una comparación con los movimientos actuales de los grupos humanos –no son pocos los procedimientos que nos recuerdan a los que se producen en este momento– entendemos que una reflexión sobre estos procesos de largo plazo nos permitirá sofisticar algunos tópicos utilizados para describir el llamado proceso de globalización. En nuestra opinión que los desplazamientos de personas no presentan unas características extremadamente peculiares y novedosas, como algunos ensayos recientes pretenden demostrar. Más bien se trata de una compleja trama de continuidades y rupturas con los procesos previos, que es necesario investigar con más detenimiento y minuciosidad. Con este trabajo sólo intentamos realizar un pequeño aporte en este sentido.

Finalmente, numerosas han sido las personas que me han ayudado a lo largo de la realización de este libro.

Rosario Sevilla, Ricardo González Leandri, Juan José Michelini y Alejandro Cháñez leyeron, en distintos momentos, partes del texto y me escucharon cada vez que les pedí que lo hiciesen. Asunción Merino resolvió no sólo todos los problemas «informáticos», confeccionó tablas y corrigió el texto, sino que localizó bibliografía inexistente en España en la biblioteca de Yale y compartió conmigo la búsqueda de documentos en los archivos brasileños, facilitándome también ese trabajo. Julia Sánchez diseñó la tapa del libro y me ayudó con los mapas. Paloma Largacha colaboró en la transcripción de documentos. A María Eulalia Gálvez le debo haber dispuesto de su «sentido común» y a Alfredo Moreno, como siempre, su indiscutible apoyo.

Con todos ellos estoy permanentemente en deuda.

Mi agradecimiento es extensivo a Krzysztof Smolana que me proporcionó material sobre el colectivo polaco, sugiriéndome algunas ideas respecto a estos inmigrantes.

Las estancias en Brasil fueron siempre muy gratificantes y en ello tuvieron que ver los amigos «paulistas», Fernanda Peixotto, Marcio Ferreira, Betty y Jaelson Trindade, Sandra y Horacio Martínez y, desde Santa Catarina, Oscar Calavia.

Por último, sin la colaboración del personal de los diferentes archivos, especialmente en Brasil donde siempre el tiempo es muy escaso, hubiese sido imposible recoger los fondos documentales que fui localizando. En ese sentido, sobre todo agradezco a la directora del Archivo Histórico de Itamaraty que me permitió desarrollar jornadas intensivas.